existencia es la primer escaramuza de esa larga batalla que termina con la muerte.

Cada momento que transcurre debe contarse como un esfuerzo cumplido, cada huella nuestra debe ser una mancha de sudor, y dificultades y tropiezos no deben ser sino ocasiones para cobrar nuevos bríos y nueva pujanza. De esta manera, si comenzamos débiles y temerosos, terminaremos al cabo siendo fuertes y atrevidos, pues con la lucha, el músculo y el ánimo crecen y toman la dureza y el temple del acero. El que se duerme en lecho de plumas o se relaja en la molicie podrá gozar la beatitud impasible del imbécil, pero no conocer lo mejor de la vida: la victoria, ni probará jamás las manzanas de oro de las Hespérides, que son las manzanas del éxito.

Lo que Hércules realiza con sus férreos miembros y su masa enorme, lo realiza Apolo con sutiles saetas. Apolo es la luz: nacido en la clara Delos, a la sombra de laureles y palmeras, aparece desde entonces a cada aurora en las puertas de Oriente, llevado por un carro de diamantes y cortejado por las Horas, las calladas fugitivas. Apolo es el ingenio, la inteligencia y aquí, en el Belvedere, lo sorprendemos enviando una de sus flechas invisibles a clavarse en la serpiente Piton, tiniebla de la ignorancia y fantasma de la envidia. Con la mano izquierda, el dios sostiene el arco, mientras avanza el pie derecho, y sus miradas parecen perdidas en el vacío, serenas y fijas, como las de un combatiente que, después de asestar un golpe rudo a su enemigo, se olvida del combate, distraído por alguna visión; o mas bien desdeñosas, como las miradas de quien tiene seguridad de sus armas y confianza de su propia destreza. Aires de presuntuoso, ha dicho alguien, pero Apolo es la juventud, y la juventud es espontáneamente presuntuosa.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.